

te pondrás a buscar y averiguarás cosas: grupo antisoviético, Leningrado, la universidad. Y lo del apellido.

Matvéi golpea el reposabrazos. Le duele, pero no lo suficiente. Con gusto estamparía la cabeza contra cualquier cosa. Disculpen, déjenme pasar. Y camina hacia delante.

La azafata se hace a un lado.

—¿Estirando las piernas?

Estirándolo todo. Se dirige hacia el otro lado de la cortina para tocar las pelotas a ese viejo zopenco.

Vuelve diez minutos después. El corazón le golpea, y cada latido le provoca un dolor punzante. No ha ido mal.

Al llegar a Nueva York llama a casa. ¿Sigue vivo papá?

No, ha muerto. Hace cuarenta minutos.

Ultima fermata

Ha muerto. Su madre ha dicho: ha muerto.

Se ha tomado sus medicamentos, le ha leído un poco (él ha pedido algo antiguo, muy antiguo), después ha ido a prepararle una bebida y, de pronto, un grito: “Nina, creo que me muero. ¡Llama a Matvéi!” Ha ido a buscar el teléfono y al volver él ha dicho: “No llames. Me encuentro mejor.” Pero después ha resoplado profundamente dos veces y ha dejado de respirar.

—Estos días se ha acordado mucho de ti.

Qué más da, piensa Matvéi. Ya es tarde. Se acabó, demasiado tarde. Ya en el avión ha comenzado a sentir el corazón, ahora le duele todavía más.

Ella le leía mucho, sobre todo poesía. Su padre adoraba la poesía.

Su madre no parece aturdida, más bien concentrada.

—Matiush, vamos a colgar y... ¿Dónde estás?

Está en Nueva York.

—Vamos a colgar —repite su madre— y apagaré el teléfono.

No para de recibir llamadas. Su madre está sola, debe de ser duro para ella.

Ella responde: no, no pasa nada. Pero, claro, no puedes esquivar a la gente. Y a su padre siempre le han gustado estos bullicios.

—Mañana vendrán tus hermanos.

Sus hermanos. Los últimos días llamaban a todas horas. Le exigían a ella que se hiciera cargo. Cada uno reacciona a su manera.

—No había nada que hacer—dice Matvéi—. Nosotros estábamos preparados para ello.

—Sí —responde su madre—. Me voy con él.

Matvéi habría llegado a tiempo quizás, si hubiera corrido, pero en algún momento el tiempo comenzó a pasar demasiado deprisa, y ha llegado a Nueva York con retraso. La cola está cerrada: hasta mañana, los aviones a Moscú salen una vez al día. Le han llamado, han sonado varios anuncios por

el megáfono. Pero él todavía no se ha acostumbrado a su nuevo apellido.

—Hoy ha muerto mi padre —dice Matvéi, avergonzado.

Qué mala noticia, lo sienten mucho. Le ofrecen un hotel. Una noche en un hotel, no, imposible. Deben hacer algo, ayúdenme, por favor. Miran a ver qué pueden hacer por él. Londres, Frankfurt, París, no queda sitio en ningún vuelo. Bueno, hay la posibilidad de hacer escala en Roma. Le dan un asiento en primera clase. Como muestra de... Bueno, queda claro por qué. No hace falta ningún pago adicional, aquí tiene el billete y la tarjeta de embarque. No corra, hay tiempo de sobra. ¿Cómo se encuentra? Bien, gracias. Es cierto. Les está muy agradecido.

El vínculo biológico, natural, con su padre siempre ha sido débil, no tiene motivos para estar dolido. De todos modos es algo extraño, su padre antes estaba y ahora ya no. Además, le da miedo lo que puede encontrarse: un cuerpo frío y amarillento, un cadáver. ¿O se lo llevarán? No, a su padre no le gustaba la “cultura del gramófono en la maleta”, no habría aprobado esa idea.

Matvéi ya ha visto algún cadáver: el de uno de sus entrenadores de ajedrez (nada terrible, había mucha gente, en algún lugar lejano vio unas coronas junto a la tumba) y el de su abuela de Leningrado, la madre de su madre. No tenía mucha relación con ella; en realidad, apenas la conocía: nunca había aceptado el matrimonio de su hija, su yerno era casi de su edad, podían haber estudiado juntos. Tanto en casa como en la iglesia, su madre no paró de arreglar algo en la ropa de la difunta, la acariciaba, la tocaba. A Matvéi le

parecían gestos artificiales, como si lo hiciera para reconfortarlo. Pero él siguió allí de pie, como todos, agobiado por sentirse tan lejos, y finalmente besó el papel sobre la frente de la difunta.⁹

Se encuentra en primera clase del avión con destino a Roma. Allí tiene una escala de casi seis horas y al anochecer llegará a Moscú. Junto a él viajan muchos americanos con atuendos de toda clase, hombres y mujeres, y quedan también muchos asientos libres.

—*Make yourself comfortable* —póngase cómodo.

Las piezas deben estar cómodas, sí. Matvéi toma mecánicamente un licor, todavía en tierra. Él apenas bebe, no suele tener ocasión. A lo mejor consigue dormirse. No rechaza la comida.

Periódicos. Pasa el carrito con los periódicos. Recuerda: lea, fórjese opiniones. Los vecinos escogen varios de ellos: los periódicos son enormes, como las raciones en los restaurantes de este país. Se sumergen en columnas de cifras, tanto los hombres como las mujeres. La letra es diminuta, leen las cotizaciones: nuestra civilización es un proyecto económico y jurídico.

Matvéi también coge un periódico, para leerlo entero necesitaría varios días. Política, política, noticias locales, arte, deportes. Siguiendo su costumbre retomada, se dispone a echar un vistazo a los textos de las partidas de aje-

9. En los entierros ortodoxos, se pone en la frente del difunto una tira de papel que lleva escrita una plegaria.

dre, pero lo abandona, ¿qué sentido tiene? Y de pronto llega a los obituarios: muy oportuno.

Todos los protagonistas de las historias que lee tienen una cosa en común: sus vidas terminaron en abril de ese año, 1999. Como la vida de su padre. Sobre cada uno se cuenta dónde y de qué murió, a qué familiares deja, los hitos de su carrera y alguna cosa simpática para que les recuerden. O no siempre una cosa simpática.

Fallece el senador republicano Roman Hrusk (¿cómo se pronuncia, Hrusk?) a los noventa y cuatro años, tenía una gran influencia en la Comisión de Asuntos Judiciales. Enemigo de la violencia y la pornografía en los medios de comunicación. Acérrimo defensor de la pena de muerte. Totalmente en contra de las restricciones a la venta de armas. En la época de Nixon promovió a un protegido suyo en la Corte Suprema, un hombre gris a quien muchos consideraban mediocre. “Qué importa que sea mediocre”, decía el senador, “hay muchos jueces mediocres, y personas y abogados. Ellos también tienen derecho a una pequeña representación.” Deja a dos hijos y una hija.

Otra necrológica: Estelle Sapir, de setenta y tres años. Consiguió que un banco le devolviera el dinero de su padre, muerto en el campo de Majdanek. “Debes sobrevivir, Estelle”, le repetía su padre: fue la última vez que hablaron, a través de un alambre de espino en el sur de Francia. Él le dio los nombres de varios bancos donde tenía sus ahorros. En el 48, los ingleses y los franceses le entregaron su dinero sin ofrecer resistencia, pero los suizos exigían pruebas por escrito de que su padre había muerto. En los

campos de exterminio no emitían certificados de defunción. Estelle pasó cincuenta años intentando recuperar el dinero que había ahorrado su padre. No tenía hijos, sí algún sobrino.

Understatement, ese modo de usar la atenuación, el eufemismo, lo no dicho, lo abarca todo, incluso la expresión del dolor. El texto rebosa serenidad. Él sigue leyendo, de sorbo en sorbo.

Muere el propietario de un equipo de béisbol que ha gastado millones en causas benéficas. Muere la primera esposa de Rockefeller, vicepresidente y gobernador, le dio cinco hijos y bailó el charlestón hasta su vejez. Muere el juez del Bronx que condenó al asesino de una joven y de dos niñas a la pena máxima: setenta y cinco años de cárcel. La sala del juzgado, reza la noticia, estalló en aplausos al oír la sentencia.

Seis por ocho, multiplica Matvéi, cuarenta y ocho. Más dos: al mayor de ellos no lo sentenciaron a ocho, sino a diez años. Resultado, cincuenta. A un total de cincuenta años condenó su padre, su propio padre, a aquellos muchachos de Leningrado.

Matvéi echa un vistazo a su alrededor: unos vecinos leen, otros duermen. ¿Alguno de ellos será merecedor de una necrológica como estas?

Tráigame otra copa. O qué demonios, traiga la botella. Nunca en su vida había bebido tanto como durante las últimas tres horas. Debería comer algo, le dice la azafata, ella está obligada a preocuparse por que el pasajero no se emborrache del todo. No quiere comer, ella le ofrece una en-

salada. Hay ensalada César, con pollo. O griega. Tráigame una César.

Venga, la última historia. Y después intentará dormir.

El veterano de la Primera Guerra Mundial Herbert Young falleció el jueves en su casa de Harlem. La semana siguiente iba a cumplir ciento trece años. En febrero se convirtió en caballero de la Orden de la Legión de Honor de Francia, en la ceremonia de entrega de la medalla saludó y después alzó su copa de champán.

En la Primera Guerra Mundial sirvió en el 807 regimiento de infantería del ejército francés. El regimiento, formado por negros americanos, permanece en la memoria como testimonio de la segregación racial que existía entonces en Estados Unidos. Un mes antes de su muerte, Young dijo a unos periodistas: “Me alisté en el ejército porque me sentía solo. Todos los muchachos se habían ido a la guerra.”

Durante sus últimos años llevaba un audífono y se había quedado prácticamente ciego, pero la guerra la recordaba bien: “El que diga que aquello no fue terrible miente.” Participó en cargas con bayoneta, fue envenenado con gas tóxico alemán. De los trescientos cincuenta muchachos de su regimiento solo sobrevivieron doce, la mayoría murió a causa de enfermedades, y no de las heridas. Tras la guerra pasó todavía nueve meses en Europa enterrando a los muertos. De regreso en Estados Unidos, se dedicó a reparar automóviles antiguos y a los ochenta y siete años se casó con Grace, una joven de veintipico. Por ahora no hay más información disponible sobre sus familiares. Cuando un mes atrás le preguntaron cómo había conseguido vivir tanto

tiempo, él respondió: “Siempre he procurado no meterme en problemas.”

“No temáis”, recuerda Matvéi, “no temáis nada.” ¿Qué escribirían sobre su padre? La botella que le han llevado ya está medio vacía y Matvéi no nota ni una especial embriaguez ni ganas de dormir.

Humanista, escribirían, de setenta y cuatro años, cambió de confesión religiosa en numerosas ocasiones, amante de las expresiones ingeniosas, aunque no todas fueran de su cosecha. Graduado en la Universidad de Leningrado, administrador diligente, ejemplo de pulcritud académica, enemigo de todo tipo de experimentos. Gran conocedor de la poesía rusa del XVIII y de la primera mitad del XIX, así como de los licores de hierbas. Apodado el *Duque*, por su semblante noble y sus orígenes casi de la realeza. Deja viuda e hijo, o mejor dicho, hijos. En el año 1949 redactó una denuncia política contra seis estudiantes, que fueron condenados a un total de cincuenta años de internamiento en el Gulag. Nunca se arrepintió, ni en una conversación privada ni en un discurso público, de este hecho consumado. Un soplón impenitente. El duelo está fuera de lugar. No, esto mejor no incluirlo. Solo los hechos.

Al diablo los periódicos.

Matvéi consigue echarse hacia atrás, le da pereza casi hasta cerrar los ojos, encuentra una postura en la que no le da vueltas la cabeza. Roma, vuela a Roma. Palíndromo: Roma-Amor. “Y por haberse multiplicado la maldad, el amor de

muchos se enfriará”,¹⁰ decía su padre una y otra vez en momentos de dificultad. Sí, era un buen conocedor de las Escrituras. El duelo está fuera de lugar. A fin de cuentas, él tampoco siente ningún duelo.

Lo que siente es otra cosa. Lleva toda la vida viviendo en un sistema de relaciones bidimensional, de dos coordenadas. En primer lugar, el ajedrez: blancas y negras, ganas o pierdes, uno a cero. El cine: los nuestros contra los otros, los nazis contra los rusos. Más pares: los órganos de poder frente a los disidentes, la tenacidad frente a la traición. Él ha huido de todo eso. Pero en América también: blancos frente a negros, derechas frente a izquierdas, republicanos frente a demócratas. La suma de todos estos vectores determina la imagen del mundo, le dicen los adultos con experiencia; según adivina Matvéi, aquellos que han aprendido a ocultar que se encuentran en una situación sin salida, a acallar el vacío de su alma, a ensordecen el dolor. Algunos han aprendido mejor que otros. Recuerda a Margo: las luces del puente, la sopa de coco, el olor de las algas; sin embargo, aquel tipo extraño, el psicólogo amigo de su padre, ese no ha aprendido a ocultar nada. Negras contra blancas, Rusia contra América, dos corrientes, dos direcciones, dos vectores: ambos yacen sobre un plano al tiempo que lo crean. A él le gustaría tanto ver el mundo de otro modo, pero todos los intentos de adivinar algo en el mundo, él lo sabe, se estrellarán contra un plano sin profundidad, sin altura: el hule de la mesa, la pantalla del televisor, un tablero de ajedrez. A la derecha o a la izquierda,

10. Mateo, 24:12.

hacia delante o hacia atrás, he aquí todas las opciones. “A derecha irás, tu caballo perderás”, sus compañeros del club de ajedrez solían bromear con esta sentencia. “El mal infinito” de Hegel, atrás y adelante. Vida y muerte.

Logra adormecerse durante un tiempo y en el letargo Matvéi gime, intenta dar un pequeño paso, moverse hacia algún lado, hacia arriba, de lado, pero una aglomeración de figuras se lo impide: la señora Rockefeller, a sus noventa años y desnuda (¿o es Margo?), baila charlestón con frenesí, el embajador, con la cara azul e hinchada de un muerto, le mete un peón en la boca, y el anciano con Alzheimer se ríe, jeje, jeje, lo agarra y lo deja colgando: toma, come. Senadores, jueces, el tipo aquel del “KGB de dónde si no” y el psicólogo-psicótico rojo de excitación que alardea de su apartamento: “Ahora lo pondremos todo en su sitio, colgaremos los cuadros, presiento la felicidad, siento prefelicidad. ¿A usted le pasa? ¿No? Entonces tiene usted un defecto de personalidad.” Matvéi está agobiado, necesita responder, ahora no se trata de ser feliz o infeliz, quiero escaparme, escaparme, idéjeme ir! Pero esta es la respuesta a otra cosa, está en su estómago, no en su cabeza. Un gran golpe de suerte: el retrete está libre.

Vomita la ensalada César sin digerir mezclada con el alcohol, una abominación. Tras la última arcada, Matvéi se tumba entre el inodoro y el lavabo y pierde el conocimiento. Lo recupera al poco tiempo.

Agua, necesita mucha agua, está deshidratado (la azafata sabe lo que dice). Él obedece y bebe, deja que le acompañe hasta el asiento y le tape con la manta.

Así, con el estómago revuelto, Matvéi aterriza en Roma. El caudal de gente lo conduce hasta el control de pasajeros y después hacia el tren, aunque él no tenía previsto ir a la ciudad. Pero le quedan cinco horas y media, tiene que pasarlas de alguna manera.

—¿Este tren va a Roma? —pregunta Matvéi en inglés al entrar en el vagón.

—Sì, sì —responden—. *Ultima fermata* —“última parada”.

Hogar

Le despierta una música. Mejor dicho, le despierta una música al acabarse. Es de día, la luz lo llena todo. Pero ¿de dónde ha salido la música, si puede saberse? Quizás la ha soñado.

Matvéi se incorpora y echa un vistazo a su alrededor. Se encuentra ante una enorme iglesia.

—Vámonos, rápido —oye Matvéi a su espalda una voz infantil, medio alarmada, medio divertida.

Hay seis o siete chicas con violines y violas, y un chico con un violonchelo. Junto a ellos, una lata con monedas. ¿Qué acaban de tocar que era tan bueno? Quiere volver a tumbarse. Matvéi no recuerda cómo bajó del tren, recorrió en medio del crepúsculo matutino cientos de metros, se recostó sobre las piedras y se durmió. Ha dormido nada más